

Crítica a la Crítica de Cosío Villegas

Por LUIS CHAVEZ OROZCO

POR hoy, el historiador más fecundo es el novel historiador Daniel Cosío Villegas. Como escribe mucho, auxiliado de una legión de ayudantes, arroja torrentes de verdades a través de su pluma infatigable. Es al modo de un nuevo Bancroft, aunque restringe su interés a una etapa brevísima de nuestra Historia, la etapa que él califica de "moderna" (1867-1910); en tanto que el erudito norteamericano nos dejó en herencia un cuadro gigantesco de nuestra Historia en toda su amplitud cronológica y a lo largo de todo su teatro regional y geográfico. Y como Bancroft erró, en fuerza de escribir tanto, así también Cosío Villegas suele errar. Sólo que los de Cosío son errores más graves, cuando menos para los mexicanos, siquiera por el hecho de que escribe en español.

Como Bancroft lo consiguió con su gran aparato de erudición bibliográfica, que se exhibe en los miles y miles de notas que negrean al pie de las páginas, así también Cosío Villegas ha conseguido, por un artificio similar, conquistar la credulidad de muchos de sus lectores. Para éstos, en efecto, nada importante ha escapado a la sagacidad personal del autor o de sus numerosos ayudantes, que todo lo han leído, sopesado y criticado. Cosío Villegas reafirma esta idea que sobre él, como autor, se ha formado el lector, diciendo de sí mismo, para definirse como historiador: "Cuando escribo como historiador no soy yo el que habla, sino la Historia misma".

Estas cualidades, buenas y malas, que florecen a lo largo de las páginas del primer volumen de la *Historia Moderna de México*, las descubrimos también cuando Cosío Villegas pontifica como crítico. Cuando menos, cuando critica la obra *México Bárbaro*, de Turner, recientemente editada en español por la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, me parece a mí que Cosío Villegas reacciona por la misma cuerda, es decir, con pasión arrogantisíma. No sólo califica la obra de Turner como un panfleto, sino que, para anular la autoridad de este estudio, llega a poner en duda la existencia misma de Turner, fantasma tras del cual se oculta algún mexicano refugiado en los Estados Unidos.

No vamos a censurar la crítica de Cosío en todos los aspectos que brindan sus páginas, sino que nos limitaremos a aquéllos que contribuyen a definir la idea que el autor tiene de una cuestión básica, a saber: el régimen de producción de las haciendas mexicanas.

Que yo sepa, no hay, dentro de la literatura social, anterior a Turner, ningún cuadro más vigoroso, ni más patético, ni más verdadero, que el que aparece en el *México Bárbaro*, cuando el autor enfoca su atención al fenómeno campesino. Ni siquiera Molina Enriquez acertó a describir la lacra nacional del peonaje en forma tan minuciosa, realista y conmovedora, como Turner. De haber alcanzado la altura

expresiva del periodista norteamericano, seguramente que la influencia de Molina Enriquez hubiera sido más rápida y explosiva de lo que fué a lo largo de la Revolución Mexicana.

Hijo, quizás, de alguien que luchó en contra de la esclavitud, o cuando menos miembro de una generación que atribuía la grandeza de su patria a la desaparición de esa forma de explotación humana, Turner enjuicia con dureza a un régimen que descansa en una estructura social más injusta todavía que la norteamericana anterior a 1867, y al hacerlo, comete el error (que corrige en otra página) de atribuir a Díaz la responsabilidad de haber inventado ese sistema inicuo de explotación.

Tal error brinda a Cosío Villegas la oportunidad, (pues no para mientes en la rectificación) no sólo de rechazar el cargo que el escritor norteamericano hace en contra de Díaz, sino para enjuiciar la institución misma del peonaje. He aquí el razonamiento de Cosío Villegas:

a) el régimen de explotación servil del peón de las haciendas no fué inventado por Díaz; se trata de una institución anterior al dictador.

b) ese régimen existía no sólo para vergüenza de Díaz, sino "para vergüenza de México".

c) esa lagra no sólo era viejísima, sino que se le considera-

ba como una situación "natural".

d) tan cierto es eso, que ni Juárez, ni Ponciano Arriaga, ni Ignacio Ramírez, ni José María Vigil, ni nadie, denunciaron el sistema de explotación "como un mal en cuyo exterminio debía empeñarse la honra nacional".

No vamos a hacer resaltar aquí la contradicción que implica el aceptar (como lo hace Cosío en su crítica a Turner), por un lado la existencia de un régimen de explotación servil y calificado por las clases directoras como un fenómeno "natural", tan natural como lo era la esclavitud para Aristóteles, y, por otro, catalogar (en el artículo titulado *Del Porfiriato a la Revolución*) el porfiriato como un régimen económico de tipo burgués.

Vamos, pues, a concretarnos a examinar la cuestión como un caso de tantos en que el autor es víctima de la información que le proporcionan sus colaboradores o del uso que el autor hace de ella, o de ambas cosas, es decir, de su método de trabajo.

Es muy cierto que el régimen de explotación de las haciendas no fué inventado por Díaz. En eso estamos plenamente de acuerdo con Cosío. Pero no estamos de acuerdo en lo que vagamente se dice, en la página 59, del volumen II, de la *Historia Moderna de México*, allí donde se atribuye el establecimiento del sistema de las tiendas de raya a la etapa de la "República Restaurada". Por otra parte, tampoco estamos de acuerdo en que quien dispone de 172 páginas, para relatar con todos sus pelos y señales, el pobrísimo episodio militar de La Noria, no se tome la molestia de explicar los orígenes de la institución (el peonaje), que caracterizó, a partir del siglo XVII, la economía de México, y que alcanzó la máxima perfección en el curso del "porfiriato", como acertadamente afirma Turner.

También estamos de acuerdo en que tal régimen de producción servil era una vergüenza para Díaz y para México; pero discrepamos de Cosío Villegas cuando asegura que tal lacra era considerada como una situación "natural" y rechazamos la prueba que nos entrega cuando dice que ni los más altos representantes de la Reforma y el liberalismo (Juárez, Arriaga, Ramírez, Vigil), vieron en el trabajo servil "un mal en cuyo exterminio debía empeñarse la honra nacional".

Proposiciones como ésta, son frecuentísimas en la obra de Cosío Villegas. Parece que por allí, por ese afán de decirlo todo en términos categóricos y rotundos, es por donde hay que buscar una de las características psicológicas del autor. Sólo así se explica la identidad del tono cuando define la política internacional norteamericana y el color ("negro como la noche"), del caballo en que huyó García Granados.

Ni las noches son de veras negras, ni la política internacional de Estados Unidos fué tan benévola como él lo asegura, ni el constituyente de Querétaro fué la balsa de aceite que

el supone, cuando menos, en el día en que se discutió el precepto sobre la propiedad.

— En esa ocasión se presentó un voto particular de don Ponciano Arriaga, en que se pronunció en contra de los hacendados y de los métodos que seguían para explotar a los trabajadores, métodos que eran pacíficos, es verdad, pero menos crueles que los que describe el periodista Turner, como vigentes, hacia 1910.

✕ Sin embargo, nos explicamos que Cosío Villegas, cuyo círculo de especialización está restringido a los años comprendidos entre 1867 y 1910, no haya registrado estas palabras de Arriaga. También nos explicamos que no haya fijado su atención en el punto de vista del patriarca del liberalismo, don Juan Alvarez, infatigable defensor de los trabajadores campesinos. Pero, ¿qué explicación tiene la categórica afirmación de Cosío Villegas, al decir que todos los liberales veían como "natural" la explotación servil del peón de las haciendas, si en el Vol. II (Pág. 60), de la Historia Moderna de México, que aparece firmado por él acepta como cierto el dato de que García de la Cadena "se ufanaba de haber dado independencia a más de cincuenta mil familias que vivían en la condición de esclavos bajo la inhumana protección del hacendado".

✕ Tales incongruencias no son hijas ni de la falta de talento ni de la mala fe, sino resultado del método con que el autor trabaja. Cosío Villegas ve en la Historia Moderna de México un compromiso consignado en un contrato, que hay que cumplir, a plazo fijo, como quien remueve ingentes masas de tierra para algún objeto. ¡Tanto por tonelada! ¡Y mientras más pronto, mejor! ¡Trabajo a destajo! — como acaba de caracterizar Arnáiz y Freg el método con que está escrita la Historia Moderna de México. Lo peor es que no se trata sólo del apremio angustioso en que vive el autor; de la angustia medrosa que agobia a quienes acumulan datos y más datos, mientras más abundantes mejor, sino también de la imposibilidad de llegar a una síntesis inteligente con un cúmulo de notas tomadas a lo largo de lecturas no personales, sino ajenas; de notas clasificadas automáticamente con criterio también ajeno. Miles y miles de notas sobre el sistema de explotación de los trabajadores de las haciendas, por mucho ingenio que tenga el que las baraje, nada son, como imagen viva de la realidad, en comparación con la que el historiador es capaz de formarse a través de la lectura personal de cualquier texto inteligentemente depurado e interpretado. Un hombre de la autoridad y prudente parquedad crítica como Arnáiz y Freg, así lo ha perci-

bido, cuando ha definido la técnica seguida para la investigación y redacción de la Historia Moderna de México, de Cosío Villegas y su equipo de "destajistas".